

BOLIVAR: EL DON JUAN DE LA GLORIA

ANTONIO CACUA PRADA

De las Academia de Historia y de la Lengua.

“¿Qué es el amor? Es un sublime arcano, símbolo del misterio de la vida. ¿Qué es el amor? Es un capricho vano, un simple antojo, una ilusión fingida, ¿Qué es el amor? Es un delirio insano que roe una existencia maldecida. No hay del amor definición correcta, y la da cada cual según su secta”.



Así se expresó el gran poeta y político guatemalteco don José Batres Montúfar en versos escritos hace más de 150 años y que mantienen su total vigencia.

Cómo nos vienen de bien, ahora cuando vamos a hablar de los amores del Genio de América, del Gran Libertador Simón Bolívar quien como pocos hombres, en este mundo de tristezas y de lágrimas, fue un auténtico Don Juan de la Gloria.

SIMON JOSE ANTONIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El 24 de julio de 1783 nació en la ciudad de Caracas un niño, a quien seis días después bautizaron con el nombre de Simón, José, Antonio de la Santísima Trinidad, hijo de don Juan Vicente Bolívar y Ponte y doña Concepción Palacios y Blanco. Cuando tenía dos años y medio murió su progenitor, y a los nueve años quedó huérfano de madre. Lo criaron doña Inés Manceba de Millares y la esclava negra Hipólita. Simoncito era de un carácter voluntarioso y difícil. Como tutor ad-litem tuvo al célebre jurisconsulto don Miguel José Sáenz, quien lo llevó a vivir a su casa.

Cuentan que en un almuerzo el niño Simón quiso participar en la charla y el licenciado Sáenz le dijo bruscamente:

“Cállese usted y no abra la boca”

El niño dejó de comer, y el abogado le pregunto:

-¿Por qué no comes?

-Porque usted me ha dicho que no abra la boca.- le contestó con tranquila insolencia.

El joven Simón, a los 16 años y con grado de Subteniente, viajó a la madre patria.

PRIMEROS DEVANEOS

Cuentan las crónicas que sus primeros devaneos, en esa edad ventura de la adolescencia, fueron con una de las hermanas Aristeguieta, familiares de su padrino de bautizo, don Juan Felix de Aristeguieta, bastante mayor en años y en mundología. La experiencia y el dulce romanticismo de la juventud echaron a pique este primer romance con la dulce Teresa Aristeguieta y Po.

El consejo de familia resolvió enviarlo a Madrid a donde su tío Esteban Palacios quien era gran amigo de don Manuel Mallo, uno de los favoritos de la reina María Lucía de Parma.

El 18 de enero del último año del siglo XVIII, en el barco “San Ildefonso”, enrutó a España. El 2 de febrero llegó al puerto Mexicano de Veracruz. Como la nave se demorase siguió hasta ciudad de México y se hospedó

en la casa del oidor Aguirre, durante una semana.

Una exótica Mexicana, la Güera María Ignacia Rodríguez, flechó el corazón del joven navegante y con ella se inició en los dulces momentos de amor.

El 5 de Mayo, Bolívar desembarco en Santoña, pasó a Bilbao y a finales de Junio llegó a Madrid.

EN LA CORTE DE MADRID

Las vinculaciones palaciegas de su tío, le permitieron entrar en la corte. Así conoció al erudito caraqueño Marqués de Ustáriz. Separado de sus familiares y de Mallo se instaló en la calle de Atocha y frecuentó la casa del marqués.

Pocos días después en la tertulia de Ustáriz conoció a María Teresa Rodríguez de Alaiza, hija de otro caraqueño, don Bernardo Rodríguez del Toro y de doña Benita Alaiza y Medrano. Fué verla y quedó eternamente prendado. El joven Bolívar era un volcán en vía de erupción. De inmediato la pidió en matrimonio.

Los problemas de sus tíos y Mallo con el príncipe de la paz, lo obligaron a trasladarse al Puerto de Bilbao, donde conoció el Coronel peruano de Arequipa, don Mariano Tristán y a su joven consorte Teresa Laisney. Allí empezó el romance apasionado que produjo a Flora Celestina Theresa Enriqueta, en París.

A pesar de que la lava de su afecto corrió abundante, previos los trámites de rigor, el 26 de mayo de 1.802 en

la iglesia madrileña de San José, cumplió su palabra y contrajo matrimonio.

María Teresa tenía 20 años y ocho meses y Simón 19 no cumplidos.

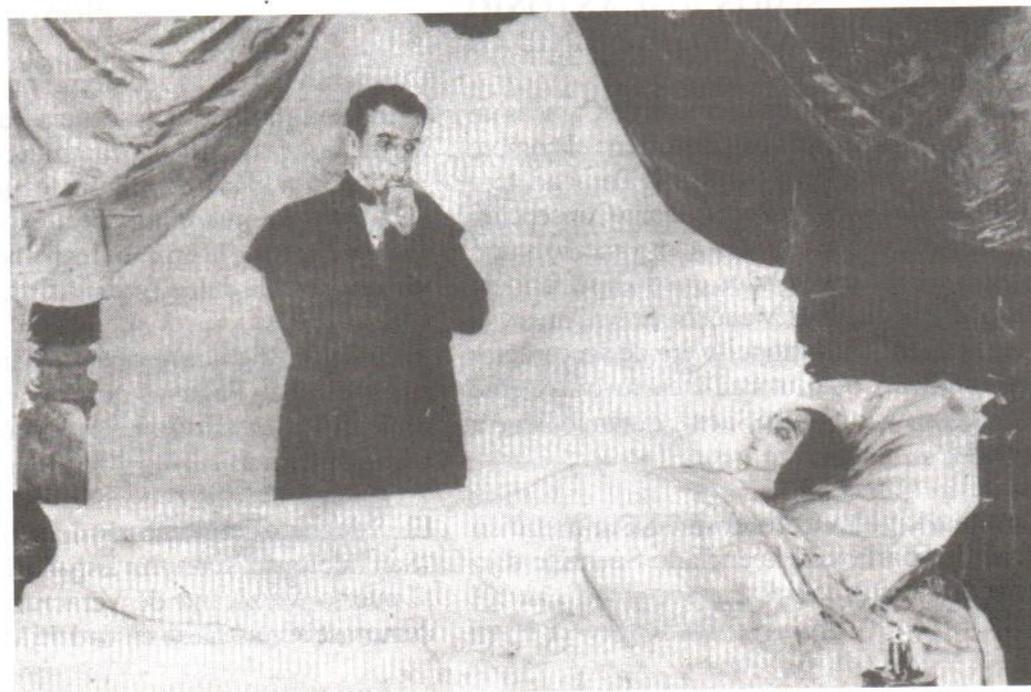
En el barco de "San Ildefonso", que tomaron en la Coruña, se dieron a la vela, rumbo a Caracas.

Sólo la inmensidad del mar y el vuelo de las Gaviotas fueron testigos de aquel infinito amor que no rompió ni la muerte. Quién que no haya amado sabe de la idolatría de la primera adoración...

La parca, celosa del idilio, tronchó a los 241 días en la hacienda de San Mateo, Venezuela, la delicada vida de María Teresa. La hoja del calendario marcaba el sábado 22 de enero de 1803.

El dolor desgarró para siempre la intensidad afectiva de Bolívar.

Un año antes había escrito: "El amor es un delicioso tormento". Y veintiocho años después, en mi ciudad de Bucaramanga, le dijo a su edecán, el General Luis Perú de Lacroix: "Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiese enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era ni para ser alcalde de San Mateo... La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar del arado de Ceres".



FANNY DE VILLARS

Con el corazón lacerado por la pena se regresó a comienzos de mayo de 1804 a París. Allí estaba Teresa Laisney y su adorada hija Flora, y Fanny de Villars, a quien había conocido en Bilbao. En la capital francesa tocó la puerta de su supuesta prima, la galante Fanny Throbian, esposa del conde Dervieux de Villars. Entusiasta acogida le dispensaron y pronto estuvo en los cenáculos sociales rodeado por la más rancia aristocracia. La pasión prendió el reverbero turbulento de sus instintos, y Fanny sintió en su bruñido cuerpo el reflejo de sus deseos. El conde, de 56 años, siempre consumido en los estudios botánicos, no se percató de las aventuras de su joven consorte.



Sin embargo don Simón no encontró allí la satisfacción para sus anhelos. Buscó a su maestro Rodríguez, viajó con él a Roma, juró en el Aventino romper las cadenas de la opresión y regresó a París para entregarle un anillo con la fecha de su partida a la sibarita prima que no supo calmar los efluvios de sus ardorosas pasiones.

Ella más tarde le memoró: ¿Recuerda usted mis lágrimas para impedirle marcharse? Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser, y sólo pertenecía a sus semejantes”.

Tiempo después, un 6 de abril, Fanny le escribió: “Hoy hace 21 años, mi querido primo, que salió usted de aquí para viajar por el interior de Francia, por Holanda e Italia, y me dio una sortija que lleva la fecha de hoy, pero en vez del año 1826 fue en 1805. Y en septiembre usted partió de Europa para emprender la independencia de su patria”.

“He tenido y tengo la creencia de que usted me amó sinceramente y de que en sus triunfos, como en los

momentos en que corrió peligro, pensó que Fanny le dirigía sus pensamientos e invocaba a la Divina Providencia, para que velara por usted”.

“Dígame (pero escrito de su puño y letra) que me conserva una amistad verdadera de la cual estoy celosa... si usted se encuentra en el apogeo de la gloria, dígamelo... si por el contrario, no se siente satisfecho, también es a mí a quien debe decirlo”.

“Adiós, mi caro amigo; le amo a usted y creo que no es porque lo he amado, que lo amo tanto. No sería imposible que fuese un adiós para siempre. Sólo Dios y usted pueden saberlo”.

“Le envió con que defenderse: un puñal y un retrato, el que será más feliz que yo... ¡Cuánto gozo

yo con tanta gloria suya! Solo me faltaba suplicarle que se conserve para su hermoso destino; y para que algún día tenga yo la dicha de decirle a viva voz, que nadie lo ha amado tanto, ni le es tan cariñosamente adicta como Fanny”.

La condesa de Villars, reveló luego: “Más de 150 cartas le he escrito y sólo he recibido una...”.

ANITA LENOIT

En noviembre de 1812 encontramos a Bolívar en la ciudad de Cartagena. Don Manuel Rodríguez Torices, jefe de la Provincia, lo acogió alborozado. Al frente de un puñado de valientes inició la campaña del río Magdalena.

Una tarde de diciembre atracó en el pueblecito ribereño de Salamina. Momentos después en la taberna del poblado oyó hablar de una guapa jovencita, que no parlaba como los parroquianos y que solamente se dejaba admirar los domingos en misa. La curiosidad lo motivó a conocerla. Se dirigió a la casa que habitaba y

pronto la vio salir al jardín. La saludó en francés. La chica se sorprendió al oír su lengua. Vinieron las preguntas y poco a poco las respuestas. Bolívar le contó sus proyectos como a una vieja amiga... Anita Lenoit escuchó embelesada. Sus 17 años encendieron el carmín de sus mejillas. La charla se alargó por varias horas, y Bolívar le prometió demorar un día la marcha para regresar a verla.

Al volverse a encontrar, irresistiblemente atraído, cortaron la ilusión hecha suspiros... A la mañana siguiente el militar partió llevándose en el alma el candor de la bellísima Anita.

Cuando el Libertador, en 1.830, iba en su último viaje por el río Magdalena, camino del sepulcro, al pasar por "Punta Gorda" le pidió a un oficial averiguara por Anita. Ella estaba en Tenerife. Al saber de sus deseos le escribió una carta en la cual le decía: "Mi corazón está muerto para los afectos y solo palpita por la libertad. Nadie lo ha amado tanto y tan tiernamente como yo". La misiva y Anita llegaron a San Pedro Alejandrino un día después de haber entregado el padre de la patria su vida al Creador. Anita murió en Tenerife en 1868.

El 9 de enero de 1.813 Bolívar hizo su arribo apoteósico a Ocaña, donde conoció a María Nicolasa Ibáñez Arias, quien tenía 18 añitos y era la mayor de 7 hermanas. Estos amores serán motivo de otra charla.

JOSEFINA MACHADO

El 4 de agosto de 1.813 el General Bolívar hizo su entrada triunfal a Caracas. Dice un historiador que "las mujeres venían a coronar a su Libertador y cubrían las calles por donde debía pasar, de montones de flores y de ramas de laurel y olivo". Doce jóvenes caraqueñas colocaron sobre sus sienes la guirnalda de laurel. Una de ellas, ingeniosa e inteligente, Josefina Machado, en forma notoria clavó sus ojos sobre el héroe. Bolívar se hizo sentir y pronto Josefina Machado cayó subyugada ante el coloso. Sus amores duraron hasta 1.819. Ella participó decididamente en los negocios del Estado, causándole no pocos problemas.

La fatalidad que la había acompañado desde su niñez, la llevó hasta el suicidio en Ocumare.

JULIA COBIER

La gloria y los triunfos son siempre pasajeros. El 9 de mayo de 1.815, Bolívar, ante la llegada del ejército pacificador comandado por don Pablo Morillo, partió de Cartagena hacia Jamaica. En medio de la más desesperante pobreza, sujeto de múltiples humillaciones, el soñador de Casacoima padeció como pocos en aquella isla. De pronto encontró la mano de una criolla dominicana, que había abandonado su tierra para olvidar un fracaso afectivo. Se llamaba Julia Cobier y tenía 32 años. El amor que nace de la compasión es muy fuerte. El infortunio los unió. Sus tristezas las compartieron. Y Julia puso su corazón y su fortuna, al servicio del Libertador.

El 30 de octubre de ese año 15 había dirigido a Maxwell Hyslop aquella célebre epístola: "ya no tengo un duro; ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo. Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa. La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo; pero mi gratitud será eterna"

Este nuevo romance sosegó los vientos de tragedia, y dio pábulo a la inspiración de su profética "Carta de Jamaica".

Su ideal liberatorio truncó nuevamente este amorío y el 18 de diciembre de 1815, zarpó de Port Royal con destino a la Nueva Granada. Al saber que la heroica ciudad de Cartagena de Indias había caído en manos del pacificador don Pablo Morillo, desvió hacia Haití.

BERNARDINA IBAÑEZ

Del 31 de marzo de 1.816 hasta el 7 de agosto de 1.819, la actividad de Bolívar no tuvo descanso. El 18 de septiembre el Libertador entró triunfante a Bogotá, y sus ojos volvieron a descansar al posarse sobre la inquieta y picaresca mirada de Bernardina Ibáñez, la bellísima ocañera, quien tuvo a su cargo coronarlo de laureles. De ella hablaremos en otra ocasión.

Bolívar continuó su campaña libertadora y el 16 de junio de 1.822 llegó triunfante a Quito. En medio de la apoteosis, desde un balcón cayó sobre él una corona de laurel y al levantar la vista se encontró con la mirada fascinante de quien lo habría de seguir por los caminos de la ingratitud y de la gloria: Manuelita Saenz.

Manuelita fue el fruto inesperado de una aventurilla secreta del español Simón Sáenz y la bellísima quiteña Joaquina Ayzpurú, en la ciudad que se levanta en las faldas del Pichincha.

Voluntariosa y caprichosa, Manuelita creció y en 1.814, doña Joaquina internó a su hija en el convento de Santa Catalina y de allí se fugó con el oficial español de húsares Fausto D'Elhuyar. Abandonada semanas después, regresó donde su madre y empezó a construir el proscenio de su figuración. Viajó con su padre a Panamá y allí conoció al comerciante irlandés Jaime Thorne, persona mayor, de gran reputación social y se comprometió en matrimonio. Junto con la dote el señor Sáenz compró para el servicio de Manuelita dos esclavas negras Jonatás y Nathan, con ellas y su prometido viajaron a Lima donde en el Palacio Arzobispal contrajo matrimonio. Tres días duraron las fiestas de la boda celebrada en 1.817. Manuelita inició una agitada vida social. En la capital peruana se dedicó con Rosita Campuzano a conspirar, lo cual le valió la "Cruz de las Caballerescas del Sol", puesta en su pecho por el propio General don José de San Martín.

Su esposo no gustaba de las actividades revolucionarias de Manuelita y le insinuó viajara a Quito, a visitar a su mamá.

Allí se encontraba cuando hizo su entrada Bolívar.

Desde la primera mirada prendió en ellos un amor infinito. Ese día Manuelita se acicaló para hacer más radiante su belleza y del brazo de don Juan Larrea entró al salón de baile que la municipalidad ofreció al Libertador de Colombia. La presentación confundió sus corazones y sin temor del qué dirán se dieron al baile para entregarse luego en el proceloso mar de las pasiones. Bolívar tuvo que partir a Guayaquil a entrevistarse con el General San Martín. Pero desde allí ideó un plan para encontrarse con Manuela en la hacienda "El Garzal", situada sobre el río Guayas, cerca de Babahoyo.

Nuevamente la naturaleza sirvió de mudo testigo del desesperado inicio de estos dos amantes. De esa temporada es esta carta de Bolívar a su nuevo amanecer,



cuando ella resentida por su ausencia lo amenazaba con viajar a Londres acompañada por su marido: "Mi adorada: ¿conque tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres? ¿Es posible, mi amiga? ¡Vamos! No te vengas con enigmas misteriosos. Diga usted la verdad, y no se vaya usted a ninguna parte: yo la quiero resueltamente".

"Responde a lo que te escribí el otro día, de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación".

"Tu quieres verme, siquiera los ojos. Yo también quiero verte y, reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A que tú no me quieres tanto como yo? Pues bien, ésta es la más pura y la más

cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo".

"A la mujer única como tú me llamas a mí. Tuyo Bolívar.

Pero Bolívar continuó su destino. Quien quiera conocer los sentimientos románticos del Libertador, que repase su abundante y poética correspondencia.

Entre tanto Manuelita Sáenz vivió en la quinta de la Magdalena en Lima.

El año de 1.826 estuvo salpicado de tormentos en Perú, Bolivia, Colombia y Venezuela. El 4 de septiembre el Libertador se embarcó en el Callao para regresar a Colombia. Al poco tiempo los nuevos amos del Perú desterraron a Manuelita, quien se trasladó a Quito, a casa de su hermano medio José María. El caos se cernía sobre la Gran Colombia.

El 11 de Septiembre de 1.827, Bolívar le estampó estas letras a su adorada y se las entregó al General Arthur Sandes para que se las llevara:

“A Manuelita Saenz:

“El yelo de mis años se reanima con tus bondades y tus gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego. Tuyo del alma”.

La respuesta no se hizo esperar:

“Estoy muy brava y muy enferma. ¡Cuán cierto es que las grandes ausencias matan el amor y aumentan las grandes pasiones! Usted, que me tendría un poco de amor, la gran separación lo acabó. Yo que por usted tuve pasión y ésta la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, que ella existe y existirá mientras viva Manuelita”.

“El General Sandes llegó y nada me trajo de usted. ¿Tanto le cuesta el escribirme? Si tiene usted que hacerse violencia, no la haga nunca”.

“Yo salgo el primero de diciembre (y voy porque usted me llama), pero después no dirá que vuelva a Quito, pues más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza”.

En enero de 1.828 llegó Manuelita a Bogotá.

El Libertador estaba en la Quinta que le había donado el gobierno en 1.820 “Como una modesta demostración de gratitud y reconocimiento...”.

Vino la reunión de la convención de Ocaña, el viaje del Libertador a Bucaramanga, y su regreso a Bogotá para asumir la dictadura. Eligió entonces como residencia oficial el Palacio de San Carlos y Manuelita tomó una casa de dos pisos que hacía esquina con la sede del gobierno.

El 25 de septiembre de 1.828 estalló la conspiración.

Manuelita, quien había sido llevada contra su voluntad esa noche a la casa presidencial, sintió ruidos, hizo vestir al General, y luego le aconsejó que huyera por la ventana, mientras ella afrontaba a los conjurados. Gracias a su valor y a su astucia se salvó la vida del Libertador.

Cuando regresó al Palacio le dijo a Manuelita: “Tú eres la Libertadora del Libertador”.

La salud del padre de la patria estaba minada. La amibiasis con complicaciones hepáticas y pulmonares, según el erudito estudio del profesor emérito y médico guatemalteco, doctor Horacio Figueroa Marroquín, lo tenía invadido.

El 8 de mayo salió Bolívar de Bogotá, con el deseo de embarcarse rumbo a Europa. De la ciudad de Guaduas se despidió definitivamente de su adorada Manuelita: “Mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora, más nunca, mucho juicio”.

“Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar”.

En Honda, después de visitar a Mariquita, donde murió el fundador de Bogotá, don Gonzalo Jiménez de Quesada, tomó el Champán que empezó a deslizarse con dirección a Mompós y a Cartagena, siguiendo el curso del río Magdalena.

Esa misma vía le había abierto los caminos de la gloria. Entonces recordaría a Juana Eduarda de la Cruz, hermosa campesina de Tacasaluma, de quien se rumora le dio un hijo en Magangué, en su raudó paso hacia Ocaña y el valle de Cúcuta en 1.812.

Haría memoria de Isabel Soublette, la niña que conoció en Cartagena y de quien dijo que “tenía una cabellera rubia, tan abundante y larga, que había podido andar sobre ella como por sobre una alfombra”.

Y no dejaría de pensar en la guapa esclava Lucía León, fiel servidora de la familia Jácome de Ocaña, cuando en el valle de Hacarí, dicen le sembró un hijo, que con el correr de los años llegó a ser un virtuoso sacerdote católico, fundador de la ciudad de Gramalote, en el departamento del Norte de Santander, República de Colombia.

Este decir popular de que el levita Secundino Jácome tuvo por padre al Genio de América, no es cierto, así su figura se levanta en bronce frente al templo parroquial y en el pedestal se lea: “Al benemérito sacerdote Secundino Jácome, hijo del Libertador Simón Bolívar, y fundador de Gramalote”. Cuando el sábado 9 de enero de 1.813 el coronel Bolívar hizo su entrada a Ocaña, Secundino tenía año y medio.

OTRA MANUELITA

En su ascenso hacia la sierra, dentro de la campaña del Perú el Libertador acampó en el pueblo de Huaylas. Una dulce jovencita recibió el encargo del Cabildo de ceñirle una corona de flores. Tenía 18 años y se llamaba Manuelita Madroño.

La hermosa morena de los Andes peruanos sensibilizó las fibras del ardiente caraqueño y como si nadie los mirase aprovecharon hasta el último minuto los instantes de su permanencia, antes del regreso a Huanuco.

Manuelita Madroño, con la rebeldía de su edad, siguió al Libertador por los tortuosos caminos de la Sierra hasta el Cerro de Pasco. Seis meses lo acompañó por las "cóncavas grietas de los Andes".

En la documentada y sentida bibliografía del héroe, escrita por el notable historiador colombiano doctor Indalecio Liévano Aguirre, cuenta, que ya en su edad senil, Manuelita Madroño, "aún se alegraba y rejuvenecía cuando alguno de los paisanos la saludaba, diciéndole:

"¿Cómo está la vieja de Bolívar?".

A lo cual ella contestaba sonriendo:

"Como cuando era la moza".

FRANCISCA ZUBIAGA

Cuando Bolívar pisó la Villa Imperial de los Incas, era intendente del Cuzco don Agustín Gamarra, casado con doña Francisca Zubiaga Bernales, conocida con el nombre de "La Mariscala".

Doña Francisca había nacido el 11 de noviembre de 1.803 en el Cuzco, hija del vizcaino don Antonio Zubiaga y de la peruana Antonia Bernales. Con un temperamento casi varonil, pensó primero refugiarse en el convento y así lo hizo, pero luego resolvió unirse a los americanos, a los "cholos" y se casó con el líder Agustín Gamarra, quien posteriormente ascendió a mariscal y a la presidencia del Perú.

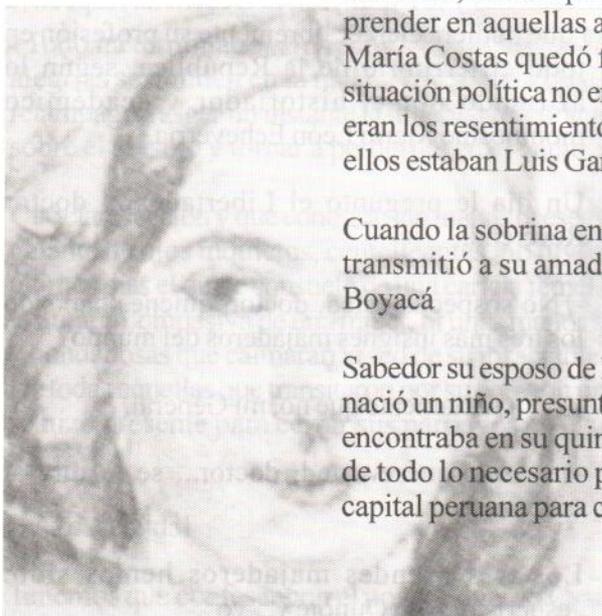
Estaba en su apogeo cuando conoció a Bolívar y decidió compartir con él la gloria y el poder. El Libertador periclitó ante el asedio de esta nueva mujer pero no encontró en ella el sedante para sus anhelos. Esto trajo un enfriamiento que la señora de Gamarra no le perdonó y al revelarle a su marido las relaciones mantenidas con el conquistador de la gloria, lo tornó en su "acérrimo enemigo".

MARIA COSTAS

En octubre de 1.825 el Libertador de América llegó a la legendaria población de Potosí, célebre por sus famosas minas de plata. Otro romance habría de prender en aquellas alturas. La joven esposa de un alto militar uruguayo, María Costas quedó fascinada por la subyugante atracción de Bolívar. La situación política no era del todo favorable al creador de Bolivia. Numerosos eran los resentimientos que conspiraban contra la vida del caudillo, y entre ellos estaban Luis Gandarillas, tío de María.

Cuando la sobrina enamorada se informó de los planes subversivos se los transmitió a su amado y así salvó la vida del héroe de Junín, Carabobo y Boyacá

Sabedor su esposo de los deliquios de su cónyuge la repudió. Meses después nació un niño, presunto fruto de esos amores. Cuando Bolívar lo supo, ya se encontraba en su quinta de la Magdalena en Lima y se cuenta que dispuso de todo lo necesario para que la bella potosina viniera con su hijo hasta la capital peruana para conocerlo.



En Cartagena, recibió la fatal noticia del asesinato del gran mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre; “¡Dios Santo! , se ha derramado la sangre de inocente Abel”. Casi tres meses permaneció el expresidente en la ciudad Heroica. Continuó a Barranquilla y se demoró dos meses.

En el Bergantín “Manuel” de propiedad de don Joaquín de Mier, se embarcó a Santa Marta, a donde llegó el primero de diciembre de 1.830.

El 6 de diciembre lo trasladarán a la Quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad del hidalgo español señor De Mier. Cuando el coche pasaba por frente de su casa urbana, la señora de Mier le dijo en francés a su esposo: “Espera un momento, y tráenos al Libertador para conversar con él”.

“-Imposible. ¿No ves su estado? No puede dar un paso”.

Bolívar con su fina galantería, interrumpió:

“-Señora, aún me quedan alientos para besar las manos de una dama”. Lo que hizo con gran esfuerzo.

Desde su llegada a Santa Marta el médico, doctor Alejandro Próspero Reverend, de nacionalidad francesa, quien se había radicado en este puerto, atendió al ilustre enfermo.

El doctor Reverend se graduó en la “Universidad del Magdalena e Istmo”, situada en Cartagena, a comienzos de 1.829, ante un jurado compuesto por los médicos cartageneros Ignacio Carreño, José Manuel Vega y José Dionisio Araujo, quienes le otorgaron las más altas calificaciones y le expidieron la credencial respectiva para que pudiera ejercer libremente su profesión en todo el territorio de la República, según lo afirmado por el historiador y académico momposino Mario León Echeverría.

Un día le preguntó el Libertador al doctor Reverend:

-¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

- Ciertamente que no, mi General.

- Acérquese usted, doctor... se lo diré al oído...

Los tres grandes majaderos hemos sido: Jesucristo, Don Quijote y... yo”.



El médico Reverend

AUSENCIA DE LA MUJER

A sabiendas de que es apócrifa, damos lectura a la sublime epístola que once días antes de morir nuestro padre y Libertador dizque le dirigió a su supuesta prima Fanny de Villars y que ha pasado a la posteridad: “Ha llegado la última aurora: tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma, por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigante de la sierra, con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros ensueños de 1.805; por sobre mí el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grande derroche de luz... Tu estás conmigo en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia... Esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo... Estuviste en mi alma en el peligro; conmigo presidiste los consejos de gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses... En las noches galantes de la MAGDALENA, vi desfilar mil veces la góndola de Byron por los canales de Venecia; en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras, pero no ibas tú; porque tú has florado en mi alma con níveas castidades...”.

“Muero miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores; víctima de inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en mi recuerdo mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos...”

“A la hora de los grandes desengaños, a la hora de las íntimas congojas, apareces ante mis ojos moribundos con los hechizos de la juventud y de la fortuna; me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná...”

“Todo ha terminado... juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada... Me tocó la misión del relámpago, rasgar un instante la tiniebla; fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío...”.

Qué clara lección y qué contraste tan inaudito; ese Bolívar galante de ojos inquietos, centelleantes, no tuvo en sus últimos días el dulce consuelo de una caricia femenina, ni la mirada compasiva de una mujer, ni unas manos suaves y bondadosas que calmaran la sed de su insaciable dolor. De todas aquellas que transitaron por su corazón ninguna se hizo presente para cerrar sus párpados en el último adiós.

¡Esa es la vida!

Tenemos que confesar con el poeta Eduardo Castillo:



“Bolívar amó localmente a la mujer y localmente fué amado por ellas”.

Y ahora digamos con el aeda colombiano, Gilberto Garrido:

“BOLIVAR: ¡Llama de misterio!
BOLIVAR: ¡Sol de mis hemisferios!
Llego a tu plinto a sollozar.
¡Le diste luz a cinco estrellas!
Y te apagaste, sombra de ellas
Con tu dolor y con el mar”. ☐

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, Juan de Dios. Simón Bolívar. Imprenta del Departamento de Bucaramanga, 1964.
- BOLIVAR, Simón. Cartas de Libertadores. Editadas por Vicente Lecuna. Caracas, 1929.
- CACUA PRADA, Antonio. Las Amantes del Libertador. Conferencia pronunciada en Bogotá, 1962.
- CACUA PRADA, Antonio. Discurso en la Casa de Bolívar de Bucaramanga para ingresar a la Academia de Historia de Santander, 1966.
- CACUA PRADA, Antonio. Discurso de incorporación a la Academia de Historia del Magdalena. Santa Marta, 17 de diciembre de 1971.
- CASTILLO, Eduardo. Tinta Perdida. Prosas. Ediciones del Ministerio de Educación, Bogotá, D.E.
- DUARTE FRENCH, Jaime. Florentino González. Razón y sinrazón de una lucha política. Banco de la República. Bogotá, 1971.
- FIGUEROA, Luis Enrique. Los Hijos de Bolívar. En "Vanguardia Liberal" de Bucaramanga, Agosto 24 de 1975.
- FIGUEROA MARROQUIN, Horacio. De qué murió Simón Bolívar. En Apreciaciones y Juicios sobre Bolívar. Asociación Bolivariana de Guatemala. Guatemala, 1970.
- HENAO Y ARRUBLA. Historia de Colombia. Bogotá. Octava edición, 1967.
- HISPANO, Cornelio. Historia secreta de Bolívar. Ediciones Literarias, Paris-Madrid, 1924.
- LECUNA, Vicente. Obras Completas de Simón Bolívar. Tomos I-II-III. Segunda edición Lex Habana. 1950.
- LECUNA, Vicente. Papeles de Manuela Sáenz. En hojas de Cultura Popular Colombiana N° 77. Bogotá, 1957.
- LEON ECHEVERRIA, Mario. Reverend no era Tegua. En el Tiempo. Bogotá. Domingo 6 de Julio de 1975.
- LIEVANO AGUIRRE, Indalecio. Bolívar Editorial la Oveja Negra. Medellín, 1971.
- MADARIAGA, Salvador de. Bolívar. Segunda edición. Tomos I Y II. Hermes. México, 1953.
- MOSQUERA, Tomás Cipriano de. Memorias sobre la vida del General Simón Bolívar. Imprenta Nacional. Bogotá, 1954.
- O'LEARLY, Daniel Florencio. Memorias. Tomos I, II y IV. Editorial Santa fé. Bogotá, 1952-53.
- OSORIO QUINTERO, Ciro A. Bolívar tuvo un hijo sacerdote. En Magazine Dominical de El Espectador. PÁGINA 6. Junio 24 de 1973.
- ORBES MORENO, Camilo. Manuela. Un documento hasta ahora no develador. En el Tiempo. Lecturas Dominicales. Página 2. 3 de septiembre de 1972.
- PABÓN PABÓN, Alfonso. El Genio y el teatro de la Guerra. Bogotá 1974.
- PEÑUELA, Monseñor Cayo Leonidas. Album de Boyacá. Tomo II. Segunda edición. Imprenta Departamental. Tunja, 1970.
- PERU DE LACROIX, Luis. Diario de Bucaramanga. Séptima Edición. Bogotá, 1945.
- RUMAZO GONZALEZ, Alfonso. Manuela Sáenz. sexta edición. Edima. Caracas 1962.
- SAÑUDO, José Rafael. Estudios sobre la vida de Bolívar. Editorial Cervantes. Pasto, 1949, Tercera edición.
- URIBE WHITE, Enrique. Iconografía del Libertador. Ediciones Lerner Ltda. Bogotá, 1983.
- URIBE WHITE, Enrique. El Libertador. Campaña de 1819. Episodios en su vida. Banco de la República. Bogotá, 1969.
- VON HAGER, Víctor M. Las cuatro estaciones de Manuela. En Hojas de Cultura Popular Colombiana. Bogotá. N° 64, 1956.